

Cómo escribí *El cuerpo herido* Un diccionario filosófico de la Cirugía

Cuando Gustavo Puerta planificaba un dossier sobre diccionarios de todo tipo y condición, llegó a sus manos, recomendado por un amigo librero, un libro con el título, bastante insólito, de *El cuerpo herido. Un diccionario filosófico de la Cirugía*, editado por El Acantilado en 2003, y cuyo autor resultó ser quien escribe estas líneas, de oficio cirujano y profesor de Cirugía, ya emérito, de la Universidad de Barcelona.

Todo esto no lo he sabido por el librero, a quien no tengo el gusto de conocer, y a quien le agradezco su entusiasta recomendación, sino por un mensaje de Gustavo Puerta grabado en el contestador de mi teléfono en Barcelona, a primeros del mes de agosto, y oído días después al regreso de unas breves vacaciones; en él me expresaba su deseo de entrevistarme para hablar de mi diccionario, aunque me advertía que el tiempo para cerrar la edición del número era ya muy justo. A mí también me interesó su oferta y conseguí contactar con él, cuando estaba en Venezuela, por e-mail. El resultado de nuestra breve conversación electrónica ha sido sustituir la entrevista, que ya no era posible, por un relato personal e informal acerca de cómo se me ocurrió la idea de escribir *El cuerpo herido* estructurado como un diccionario filosófico de la Cirugía, sobre el proceso de su elaboración y las reflexiones que me suscitó su escritura. En esa estamos.

Después de haber dedicado bastantes años de mi vida académica como catedrático de Cirugía en la Universidad de Barcelona a la escritura, totalmente personal, de un extenso tratado para la formación pregraduada en Cirugía de los alumnos de las facultades de Medicina, y de otros textos quirúrgicos, fue a finales de la década de los ochenta cuando, especialmente interesado por aquel entonces en la reflexión sobre el lenguaje quirúrgico y sus palabras esenciales, se me ocurrió la idea de reunir estos escritos inéditos en un libro.

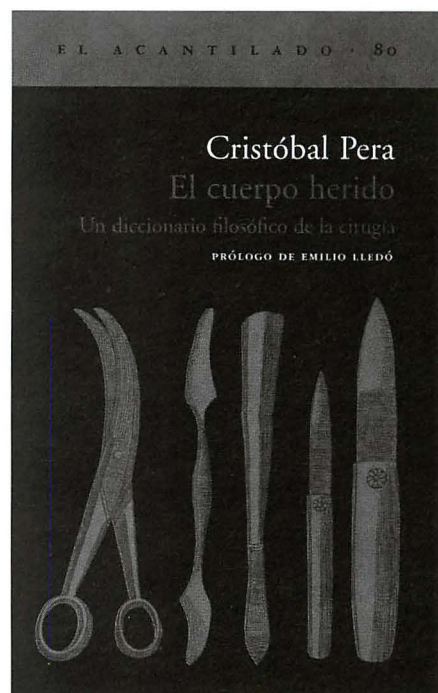
He de confesar que la idea de que este libro fuera estructurado como diccionario, y además filosófico, surgió cuando, en el año 1984, leí un libro de Peter Medawar, Premio Nobel de Medicina 1960, cuyo título era *Aristotle to Zoos. A Philosophical Dictionary of Biology* (Londres: Weindfeld and Nicolson, 1984). La idea de escribir un diccionario filosófico de la Biología le había sido sugerida a Peter Medawar y a su esposa, como coautora, por la editorial Harvard University Press, que acababa de publicar una traducción al inglés del clásico *Diccionario filosófico* de Voltaire.

Me dije entonces, ¿por qué no escribir un diccionario filosófico de la Cirugía? Y puse enseguida manos a la obra.

¿Por qué escogí la estructura alfabética de un diccionario? Porque pensaba que, como diccionario, la ordenación alfabética de mis reflexiones sobre las palabras quirúrgicas esenciales me permitiría fragmentar el discurso de modo que, aun conservando la necesaria coherencia interna, su contenido fuera más accesible al lector. Siguiendo el modelo atípico del *Diccionario sobre la Biología* de los Medawar, mi pretensión no era recolectar exhaustivamente todas las palabras del lenguaje quirúrgico, sino presentar, ordenadas alfabéticamente, mis reflexiones sobre la Cirugía y los cirujanos a través de la disección de sus palabras esenciales, con una escritura que procuraría extenderse transversalmente más allá de los estrictos hechos quirúrgicos, a otros ámbitos de la condición humana y de su estructura social, aparentemente alejados aunque más relacionados de lo que parecería en una primera lectura. Mi objetivo no era un diccionario clásico de definiciones y referencias, sino un modelo atípico que algún crítico, por lo demás generoso con el autor y el contenido, consideró al menos "sorprendente", al no encontrar, por ejemplo, una entrada con el término "apendicitis".

Cristóbal Pera

(Villagarcía de la Torre, Badajoz, 1927) es catedrático de Cirugía y profesor emérito de la Universidad de Barcelona. Miembro de honor del Royal College of Surgeons of England y de la Association of Surgeons of Great Britain and Ireland; ha sido decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona, presidente de la Societat Catalana de Cirurgia y presidente del Comité Consultivo para la Formación de los Médicos de la Unión Europea. Recientemente, ha ingresado en la Orden Civil.



Cristóbal Pera

El cuerpo herido. Un diccionario filosófico de la Cirugía

Prólogo de Emilio Lledó

Barcelona: El Acantilado, 2003

¿Por qué el calificativo de filosófico?

Mi diccionario quería ser filosófico, no con la pretensión de convertirse en un sistema conceptual cerrado acerca de la actividad quirúrgica, de una filosofía, como lo pretendieron dos clásicos cirujanos franceses, François Malgaigne en el siglo XIX y René Leriche entre el XIX y el XX, al escribir sendas “filosofías de la Cirugía”, sino por estar escrito desde una actitud intelectual en continua interrogación acerca del valor y el sentido de la Cirugía y para ser utilizado como un instrumento crítico.

El método escogido para su escritura fue la indagación sistemática de las palabras quirúrgicas que seguían siendo esenciales en la Cirugía del siglo XX; una indagación acerca de su etimología y de sus significados, difuminados por el uso rutinario por parte de los cirujanos y de los que no lo son; palabras esenciales como agresión, invasión, herida, cruento/incruento, radicalidad, curación/paliación, etcétera. Una indagación, también, sobre los gestos, los actos, las operaciones, los ritos y las ceremonias quirúrgicas, es decir, sobre la cirugía como un espectáculo que tiene como objeto y protagonista al “cuerpo herido” del paciente y a todo lo que a éste le ocurre, para bien o para mal.

Como autor de *El cuerpo herido* yo había escrito al final de la Introducción: “El objetivo de este *Diccionario filosófico de la Cirugía* es, en suma, que tanto los cirujanos, como los que no lo son, pero que en cualquier momento de su vida pueden ser sometidos a una acción quirúrgica, sean conscientes de lo que se trata”. Pues bien, como autor nunca podría haber sospechado que entre los lectores de mi diccionario podrían estar dos personajes de ficción, Nora García y Andrés Miranda. Y esto es lo que ha ocurrido.

Nora García (personaje de la novela de Margo Glantz *Historia de una mujer que caminó por la vida con zapatos de diseñador*, Anagrama, 2005) mientras espera a solas, con ansiedad y preocupación, el resultado de la mamografía que acaban de practicarle, porque “tiene un nódulo en el seno izquierdo”, se interroga en voz alta, durante un largo monólogo: ¿ablación de mama? ¿tendré que sufrir una mutilación? Ante esas dudas, Nora recurre de inmediato a consultar *El cuerpo herido*. Un *diccionario filosófico de la Cirugía* (con la ayuda de Margo Glantz, sin duda). Busca la entrada “Ablación” y, a renglón seguido, intercala, sin más, en su monólogo la extensa explicación de su autor (o sea, Cristóbal Pera) y que se inicia así:

“Por ablación se entiende la extirpación de una parte de la totalidad de espacio corporal. Es un término procedente del latín... que ha estado prácticamente arrumbado del lenguaje quirúrgico del siglo XX”. Cuando en el diccionario se continúa diciendo “esta palabra ha sido reintroducida en los últimos años para aplicarla a discretas exéresis de tejidos orgánicos realizadas con procedimientos de ‘cirugía mínimamente invasiva’”, Nora se irrita, malentendiendo que el texto se refería a la extirpación de la mama, e interpela al autor del diccionario: “me indigna, ¿cómo que mínimamente?, ¿le parece una operación menor la mutilación de uno o de los dos senos?”.

Andrés Miranda (o sea Alberto Barrera, Premio Herralde de Novela 2006 por su novela *La enfermedad*), médico de profesión, que también espera unos resultados, los de un estudio radiográfico realizado a su padre, presiente que tiene un cáncer de pulmón, y se pregunta: “¿Vale en realidad la pena que mi padre sepa la verdad? ¿Qué ventaja le puede dar ese saber? Al cabo de semanas Andrés ‘se veía enredado en un circo de infinitas postergaciones’. Hasta que un día, los dos a solas, a la pregunta inquieta de su padre (‘¿Todo bien? ¿Qué pasa?’) Andrés le dice de pronto, ‘Tienes cáncer, papá. En voz baja’”.

Pasado el duro trance, Andrés Miranda, en una nostálgica reconstrucción personal de las motivaciones que le llevaron a ser médico, recordó que “apenas comenzó a estudiar medicina entendió que su vocación no era pura”. “Muchos años más tarde, leyendo *El cuerpo herido*, un imprescindible diccionario escrito por Cristóbal Pera, Andrés encontró por fin las palabras que tanto buscaba en aquellos primeros años de la universidad”: “Según el lenguaje bélico, tan frecuentemente utilizado como metáfora global de la cirugía, la operación quirúrgica cruenta sería un acto de violencia, en el que se hace uso de la fuerza física para penetrar en el espacio anatómico del paciente, someter al ‘enemigo’ (la enfermedad concretada en la lesión), desarmarlo y destruirlo”.

Gracias, pues, sean dadas a Nora García (o sea Margo Glantz) y a Andrés Miranda (o sea Alberto Barrera), personajes de ficción, por haber confiado no tan sólo en mis reflexiones sobre el “cuerpo herido”, expuestas a modo de un extraño “diccionario filosófico de la Cirugía”, sino (como escribió Emilio Lledó en su bello prólogo) en “las palabras que la representan y la describen”. Gracias también a Gustavo Puerta por haber hecho caso a su amigo librero. ◀▶